



A los jóvenes de ayer

Carlos Giordano

A mis 18 años, el 2 de abril de 1982, desembarqué en Malvinas como parte de la fuerza de recuperación militar argentina. Era colimba, aquellos remedos de soldados a los que nos hacían *correr-limpiar-barrer*. En el pecho llevaba la absoluta incertidumbre del miedo, de la incomprensión, del desconocimiento, de la incredulidad. Ojalá hubiésemos ido unidos, o al menos organizados.

En aquellos días, plena Dictadura con su tercera versión de ejecutantes (Galtieri, Anaya, Lami Dozo, Alemann, Pío Laghi, Aramburu, Primatesta, Blaquier, Lacroze de Fortabat, Grondona, Herrera de Noble, los Mitre y tantos otros civiles, curas, empresarios, militares) la vida también puso a tanto argentino a tejer medias, a donar sobrantes y faltantes, a escribir cartas, a llorar con las imágenes de aquellos jóvenes que éramos. La "tele" también mostró lo que eligió mostrar. El mismo Samuel "Chiche" Gelblung, el mismo Clarín y la misma Magdalena Ruiz Guiñazú se ensañaron con el dolor y la verdad histórica.

Y fuimos, fueron, los jóvenes, los que pusieron el cuerpo para proteger tanto las propiedades privatizadas de los "dueños" como las privaciones históricas de los desheredados de la vida, los condenados de la tierra, dijera Fanon. Sin medir límites ni pedir permiso ni ahorrando corazón, fuerzas o sonrisas (aún en medio de la sinrazón más absoluta, los compañeros rieron, sí)

Por eso, ahora, cuando vi aquella fila, cuando los vi cargarse en camiones con ruedas más grandes que sus cuerpitos embanderados, a estos jóvenes vestidos, unidos, organizados, militares, profesores, jóvenes nomás, cuando los vi, sentí el orgullo y la emoción de pensar que las semillas que plantaron Mario Almonacid, Pedro Vojkovic, Dante Pereyra, Jorge Mártire, aquellos jóvenes amados, no fueron en vano. Que el odio que todos los dictadores nos inocularon en forma de uniformes verde oliva, en forma de órdenes de muerte, en ejemplos de cobardía y traición, no fue tan fuerte como para postergar la solidaridad humana, la pasión reconstructora, la socialidad movilizadora, la alegría de la inteligencia, la voluntad de la razón, aggiornando al gran Gramsci en su inevitable reflexión militante, intelectual, liberadora.

Claro está, lo digo rápido, último y final, no es la juventud la condición de futuro. Hoy Galtieri y la guerra de Malvinas, no son posibles como sí lo fueron en el 82. Pero no porque no haya muchos (jóvenes algunos también) que lo quisieran, sino porque somos más, y no sólo jóvenes, los que hemos decidido hacer y ser parte de esta fila que ahora veo. Con los pies húmedos y los ojos llenos de la luz del Otro como hermano de derechos, como origen y sentido de Justicia, como símbolo de la Patria de destino que estamos construyendo. Orgullosos y sorprendidos.